El error de Walter Smith

La historia que os estoy a punto de explicar, es tan extraña, oscura y espantosa que solo la supera en horror mi situación actual. Una situación, os tengo que decir, no se la desearía ni a mi peor enemigo. Todo comenzó unos siete años atrás…

Durante casi una década entera de mi vida me costó dormir. Nunca antes me había sucedido pero el 17 de noviembre de 1856 marcó el inicio de mi desgracia. Hasta entonces los primeros diecisiete años de mi vida transcurrieron de manera normal y tranquila.

Dos semanas antes me había marchado de casa buscando trabajo como artista de circo ambulante y con esa idea fui a parar a los alrededores de Aldbury. Sin dinero en el bolsillo y con tan solo un pequeño fardo en mis manos, me dirigí hacia un pequeño pueblo en mitad de la noche. Hacía horas que llovía y los árboles del bosque se movían cada vez con más virulencia. Agotado entré en un hostal lúgubre a esperar que pasara la tormenta y con la esperanza de encontrar restos de cerveza en vasos abandonados.

El ambiente que encontré en la zona del bar era extraño y silencioso. Una chimenea en medio de la estancia iluminaba pobremente unos clientes bastante estrafalarios abrazados a sus botellas de vino. Casi no hablaban entre ellos ya que tenían suficiente trabajo intentando mantenerse erguidos en sus sillas, incluido el propietario. Decidí sentarme en un rincón apartado y mientras me acababa las sobras de una cena de un plato bastante sucio, me fijé que en el otro extremo del bar había un grupo de seis personas en una mesa en medio de la penumbra. Uno de aquellos hombres tenía un aspecto tenebroso pues llevaba una capa negra como la noche con un adorno rojo perfilando la parte inferior, que en esos momentos tocaba el suelo.

Parecía que nadie se había dado cuenta de mi presencia y lleno de curiosidad me acerqué con cautela. Jugaban a las cartas apostando dinero, no eran grandes cantidades pero para mí eran auténticas fortunas. Ya me iba cuando uno de ellos me llamó la atención y me invitó a sentarme. Decliné la oferta ya que no tenía con qué jugar, pero antes de que me diera cuenta estaba sentado en la mesa con dinero prestado, y con un vaso en la mano de una bebida tan fuerte que ya al primer trago me empezó a dar vueltas la cabeza.

Una hora después ya no quedaba nadie en el bar. Durante toda esa hora el hombre de la capa no me sacó el ojo de encima. A diferencia del resto no me dirigió ni una sola vez la palabra, solo una constante sonrisa inquietante. En ese momento ya debía dinero a todos los de la mesa, y aunque hacía bastante rato que estaba demasiado bebido para poder realizar dos jugadas interesantes seguidas, me había quedado clara una cosa: la intención de aquellas personas conmigo no era otra que la de endeudarme para poderme utilizar como quisieran hasta que les pudiera devolver el dinero.

La cabeza me seguía dando vueltas pero viendo que acabaría mal si seguía más tiempo en aquel hostal, salí corriendo con tanta rapidez hacia la puerta trasera que durante unos instantes se quedaron atónitos. A fuera los relámpagos y los truenos seguían cayendo con fuerza y sin mirar hacia atrás desaparecí bajo la lluvia en dirección a los árboles de ese desapacible bosque. Gracias a Dios no pudieron seguirme pero lo que estaba a punto de suceder marcaría el resto de mi vida.

Después de correr hasta la extenuación caí al suelo totalmente rendido. Me faltaba el aire y las gotas de la lluvia entraban con fuerza dentro de mi boca. Fue entonces cuando me pareció escuchar un ruido entre unos arbustos. No me podía creer que me hubiesen encontrado en medio de aquella tormenta. Corrí tanto como mis piernas me lo permitieron y la extrema oscuridad debería haber imposibilitado que me siguieran, pero una repentina ráfaga de viento hizo emerger durante unos segundos una especie de capa. Estaba muy oscuro pero no había ninguna duda que algo había ondeado a pocos metros de mí. Acto seguido una débil luz de lo que parecía una lámpara de aceite se filtró entre las hojas de los arbustos moviéndose con fuertes sacudidas. Los truenos caían cada vez con más fuerza y mis nervios sobrepasaron el límite; mi vida estaba en peligro y no me lo pensé dos veces. Salté hacia esos arbustos con una piedra de grandes dimensiones, y golpeé con todas mis fuerzas el cráneo de esa persona. Mientras me encarnizaba, un relámpago cayó con fuerza e iluminó durante unos instantes el bosque. El miedo no me hizo ver que quien estaba golpeando era una mujer joven de unos dieciocho años. Era de etnia gitana y tenía el cráneo destrozado. Lo único que pretendía era colocar una sábana para poder tapar sus pertenencias de la lluvia.

A pocos metros había una niña de unos diez años de edad que empezó a chillar con ira en un idioma que no entendía mientras me señalaba con el dedo. Me dio la sensación que me estaba maldiciendo por lo que acababa de hacer. Me encontraba absolutamente horrorizado por el error que había cometido y quise explicárselo pero desapareció chillando debajo de la lluvia.

Aterrorizado por lo que acababa de suceder, sentí la necesidad de huir de ese lugar. Mientras corría no me podía quitar de la cabeza el sonido de la piedra golpeando el cráneo de aquella pobre chica. Ese crujido resonaba en mi consciencia y no me dejaba pensar con claridad hasta que de repente aparecí en un claro del bosque rodeado de imponentes árboles. No era muy grande pero justo en el medio había una tienda circular de donde salía una débil luz. Sin esperarlo empezó a producir un sonido extraño, suave, era un repiqueteo metálico que me atrajo hacia la puerta hecha de tela. Antes de que pudiera sacar la cabeza por la abertura, la voz de una anciana me llamó por mi nombre. Me quedé estupefacto. ¿Cómo era posible que supiera mi nombre? No pude resistir la tentación y entré.

Dentro había una mujer extremadamente vieja con un pañuelo que le cubría el pelo, sentada delante de una pequeña mesa redonda con una bola de cristal. La tienda no era muy grande pero por todas partes colgaban objetos extraños que no había visto nunca, así como pequeños animales disecados del bosque y velas que producían unas alargadas y fantasmagóricas sombras.

Me invitó a sentarme y me explicó que había visto lo que acababa de suceder. Estaba al corriente de mi error pero me dijo que aquella niña de diez años había hecho una cosa terrible. Me había echado una antigua maldición gitana que era imposible de romper y que me perseguiría eternamente hasta mi muerte. No sé cómo el cadáver volvería de entre los muertos y me quitaría la vida al igual que yo hice con ella. Me explicó que solo había una manera de contener su ira: la persona con la maldición debía quemar el cuerpo, recoger sus cenizas y encerrarlas en una urna de piedra. Solo así evitaría la resurrección del cadáver. Debería permanecer encerrada por siempre jamás en la urna porque en caso contrario resurgiría como el ave fénix de sus cenizas y me perseguiría hasta eliminarme. Me regaló una urna de piedra y todavía aturdido por toda la información recibida, me fui a buscar el cuerpo de la chica.

Los seis años que siguieron a aquella extraña noche se convirtieron en un tormento. Fuera donde fuera, hiciera lo que hiciera, mi mente estaba constantemente obsesionada con la urna. Un miedo descontrolado me dominaba al pensar que alguien la pudiera abrir si la encontraba, o que sin querer me cayera de las manos y esparciera su contenido por el suelo. El hecho de vivir en una casa medio abandonada junto con indigentes, no me permitía dejarla libremente cuando tenía que salir a buscarme la vida.

Al principio cuando todo el mundo dormía, levantaba con mucha precaución los tablones de madera del suelo y allí la escondía. Rezaba para que las horas que estuviera fuera nadie la encontrara nunca, y realmente así fue. Pero día a día la angustia de dejarla desprotegida en medio de tantos extraños que lo único que hacían era vagar todo el día, fue creciendo. Llegó un momento que empecé a llevármela allí donde fuera, pero no conseguía estar nunca relajado. Siempre pendiente de mi bolsa. Que nadie la tocara, que nadie se aproximara.

Cada vez más mi vida giraba alrededor de la urna. Tiempo atrás acostumbraba a ir a los bares a beber y a distraerme con los espectáculos que se originaban, incluyendo las típicas peleas de medianoche, en las que me gustaba participar de vez en cuando. Pero todo esto había quedado atrás. Ahora tan solo me sentaba en un rincón a beber una sola copa por miedo a emborracharme y nunca le sacaba los ojos de encima. Cuando volvía a casa siempre tenía la obsesión que me seguían, que había alguien cerca preparado para robarme la bolsa con la urna. Caminaba agarrándola fuerte mirando siempre hacia atrás y evitando constantemente las aglomeraciones. Aquella maldición había cambiado realmente mi vida.

Después de seis años viviendo de aquella manera increíblemente mi mente empezó a relajarse y creo que fue por dos motivos principales. Por un lado y de manera tímida, la vida empezó a sonreírme. Después de malvivir trapicheando durante mucho tiempo y encontrando trabajos temporales que muchas veces no llegaba a cobrar, busqué trabajo infructuosamente en diferentes fábricas hasta que al final conseguí uno como obrero pavimentando calles con adoquines. Era un oficio realmente muy duro y no se parecía en nada al trabajo artístico que anhelaba, pero al menos me permitía alquilar una pequeña y muy modesta casa, cosa que significaba que se había acabado el compartir el hogar con gente extraña.

Ahora tenía la libertad de dejar la urna en casa –aunque la seguía escondiendo– y salir al mundo exterior con relativa tranquilidad. Por el otro lado supongo que de forma natural el cerebro después de años de sufrimiento acaba encontrando mecanismos de defensa para poder sobrevivir a la presión a la que está sometido, y esto acabó generándome una falsa sensación de relajación que pagaría cara.

Estábamos a pocos días de iniciar el mes de diciembre de 1863. Hacía un par de años que seguía los acontecimientos de la guerra civil norteamericana y aunque me resultaba un conflicto lejano, me había llegado a generar un gran interés. Me gustaba sentarme al lado de la chimenea, hacia el atardecer, a leer los diarios que traían cada cierto tiempo novedades de aquel conflicto. Me preparaba una buena taza de té y en mi butaca preferida iba pasando las páginas iluminadas por la luz del fuego.

En una de aquellas plácidas noches mientras disfrutaba de la tranquilidad que solo transmite el chisporrotear de la leña ardiendo, fijé mi mirada en la urna de piedra que estaba sobre una mesilla en un rincón de la habitación. A fuera hacía horas que nevaba y por primera vez en siete años me fijé cómo de bonita llegaba a ser su decoración exterior. Me extrañé de no haberme dado cuenta antes y este hecho tiene su importancia ya que algo cambió dentro de mí.

De golpe comprendí que había estado todos aquellos años de mi vida creyéndome una historia que me había explicado una vieja que encontré en medio del bosque. Estando allí sentado pasaron por delante de mí los siete años de sufrimiento y tortura que habían deformado mi vida hasta transformarla en una pesadilla. Ciertamente no tenía prueba alguna de que fuera verdad toda aquella historia de la maldición. Quizá me había estado obsesionando con un hecho que no tenía ninguna importancia, a excepción del fatal error que cometí aquella noche.

Cansado de todo lo que estaba soportando desde hacía tanto tiempo, me levanté y me dirigí hacia la urna. Quería acabar de una vez por todas con esa vida infame que llevaba y con aquella obsesión constante que no me dejaba vivir. Quería demostrarme a mí mismo que todo aquello no habían sido más que tonterías, antiguas creencias estúpidas que había aceptado en un momento de debilidad.

Es extraño pero en aquel momento desapareció el miedo que había sentido durante todos aquellos años. Estiré los brazos y mis manos se quedaron delante de la tapa de piedra que coronaba la urna, y durante unos breves instantes dudé si hacerlo o no. Aunque el miedo había desaparecido he de aceptar que el corazón me latía con fuerza. Finalmente me decidí. Mientras estiraba hacia arriba me dio la sensación que dentro se había creado el vacío. Pensaba que la tapa tan solo reposaba encima pero realmente estaba bien sellada, aunque no sé cómo, ya que fui yo quien la quemó y guardó dentro de la urna.

Al quitarla la base rascó con el cuello de la urna y esa fricción de la piedra rasposa me produjo un desagradable escalofrío. Mi respiración se paró cuando sostuve la tapa entre mis manos esperando que sucediera algo. Pero no pasó nada. Desde donde estaba y por culpa de la oscuridad de la habitación no podía ver las cenizas. No es que tuviera ganas de verlas pero sí la necesidad de saber que seguía muerta y bien muerta.

Una vez pude entrever las cenizas de esa chica me invadió una sensación de relajación. Sabía que lo mejor que podía hacer era deshacerme de ellas para siempre y pasar página. Cuando iba a poner de nuevo la tapa una voz escalofriante pronunció mi nombre. Era una voz de mujer que parecía que viniese de ultratumba. Sabía que estaba completamente solo, pero plantado delante de la urna repasé mentalmente a gran velocidad si había cerrado todas las ventanas o si me había dejado la puerta abierta, pero todo eso era imposible. Tenía la manía de revisar constantemente la puerta de entrada, y en lo referente a las ventanas no podía ser ya que estábamos cerca del invierno, nevaba y hacía mucho frío. Entonces la voz volvió a hablar. Pronunció la palabra asesino con un chillido de histeria al final. ¡Pero lo peor fue descubrir que esa voz espantosa surgía del interior de la urna!

Horrorizado por lo que acababa de suceder hice un paso atrás. Un sudor frío incontrolable empezó a surcar todo mi cuerpo al darme cuenta del error que había cometido. Puse de nuevo la tapa en su sitio pero ya era demasiado tarde. La urna estalló y pequeños trozos de piedra salieron disparados hacia mi cara. Las cenizas de aquella chica empezaron a derramarse por todas partes pero parecía que lo hacían de una manera predeterminada. Extrañamente ni un solo gramo quedó encima de la mesa y se fue acumulando en una pequeña montañita en el suelo. Daba realmente miedo observar la ceniza moverse de aquella manera, amontonándose sola como si una mano invisible la estuviera guiando.

En esos momentos me encontraba en el suelo debido a la explosión de la urna, cuando la ceniza acabó de acumularse y unos pequeños rayos eléctricos la empezaron a rodear. De golpe explotó e implosionó convirtiéndose en un humo fantasmagórico de color violeta. El humo avanzó serpenteando sobre mi cuerpo y se concentró delante de mi rostro adoptando la forma de la cara de la chica que había asesinado siete años atrás. Era muy bonita y me miraba fijamente pero no transmitía ningún tipo de emoción.

Me encontraba en estado de shock. No podía mover ningún músculo y notaba como las uñas se me clavaban en la madera vieja del suelo del terror que sentía. Entonces su rostro cambió. Se formó la misma cara que por desgracia le había dejado siete años atrás. Finos hilos de sangre corrían por su rostro deformado y por sus cabellos llenos de hojas secas del bosque. Al ver esta imagen me puse a chillar como un loco y este fue el último error que cometí en mi vida. El humo buscaba la obertura de mi boca y lo consiguió, momento que aprovechó para introducirse en mi cuerpo. De inmediato noté que tomaba el control de mi ser. Me paralizó y prácticamente no me dejaba respirar. En la posición en la que me encontraba solo podía mirar el techo oscuro iluminado débilmente por el fuego de la chimenea. Esta fue la última imagen que recuerdo, pues poco después perdí el conocimiento.

Después de aquella noche vino un largo período de oscuridad. No sé exactamente cuánto tiempo duró, pero solo recuerdo sonidos lejanos y movimientos como si me estuvieran desplazando de un lugar a otro. Durante todo aquel extraño período ella no me abandonó en ningún momento, y llegué a la conclusión que me mantenía en estado catatónico. Para el resto de mortales mi cuerpo parecía estar completamente muerto. Y por desgracia así lo entendieron, pues fui enterrado el cuatro de diciembre de 1863 en una humilde caja de madera en el cementerio de St. George, cuando faltaban pocos minutos para las once de la noche.

Poco después de mi entierro y cuando en el cementerio ya no quedaba nadie, la chica decidió abandonar mi cuerpo. El humo me salió por la boca y recuperé la consciencia de golpe. Si no lo recuerdo mal me sonrió antes de irse para siempre, y en la oscuridad y sin poderme mover supe que mi vida acababa allí. He de decir que me esperaba una muerte similar a la que yo le provoqué por error, es decir, rápida y violenta. Pero nunca me hubiera imaginado una muerte tan horrorosa y sádica como la que la maldición me tenía preparada. Y ahora me encuentro aquí, estirado en mi ataúd esperando resignado vivir los últimos instantes de mi vida.